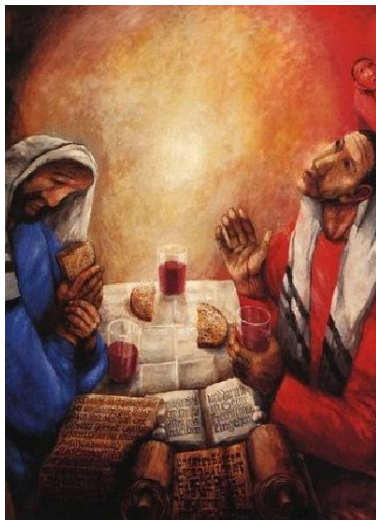


Domingo de la III semana de pascua / Lc 24, 13-35

“Ese mismo día, dos de los discípulos iban a un pequeño pueblo llamado Emaús, situado a unos diez kilómetros de Jerusalén...Y comenzando por Moisés y continuando con todos los Profetas, les interpretó en todas las Escrituras lo que se refería a él” (Lc 24,13.27).

Estos dos discípulos se van porque no creen, han perdido la esperanza, sus expectativas se ven frustradas... aunque han recibido noticias de que Jesús



ha resucitado, ellos se alejan; su mirada no percibe el bien que los rodean.

Con frecuencia sólo nos limitamos a criticar y ver las dificultades. Caemos en la decepción y el escepticismo, aunque el don que se nos ofrece sea infinitamente superior a lo que podemos desear. Es preciso estar atentos a los estados de ánimo que nos impiden gozar del bien.

Pero Jesús sale a buscarlos, como a la oveja perdida. De una forma pedagógica, les hace entender, a través de las Escrituras, que debía padecer en la Cruz, para luego Resucitar.

En el mismo hecho de recordarles las Escrituras hace que sus corazones cambien de actitud y un poco más adelante lo puedan reconocer con una alegría indescriptible.

“¿Es que el Señor nos rechaza para siempre y ya no volverá a favorecernos?” (Sal 76,8).

Jesús búscame cada vez que me desvíe de tu Camino. Enséñame a gustar tu Palabra y haz que se encienda mi corazón en tu amor.

¡Jesús, enséñame a caminar siempre contigo! ¿Reconozco en mi corazón la presencia de Jesús cuando leo el Evangelio?

En unión de oraciones
Hno. Javier Lázaro sc